

# Los ecos de la Marsellesa. Dos siglos recuerdan la Revolución Francesa

Eric John Hobsbawm. Editorial Crítica. 2003. Barcelona. 174 páginas.

*The echoes of the Marseillaise.  
Two centuries remember the French Revolution*

**A**l leer *Los ecos de la Marsellesa*, de Eric Hobsbawm, emergen preguntas por el papel del historiador en la construcción de la historia, la contradicción entre la subjetividad y la objetividad, el uso político de la historia, la ética del investigador y el revisionismo histórico. Las presentes líneas representan un esfuerzo por generar escenarios posibles para la comprensión de dichos interrogantes.

En primer lugar, iniciaremos con una caracterización del sentido que tiene para el autor volver a pensar lo que se ha dicho de la Revolución Francesa en plena víspera del bicentenario (1989). Lo más importante de todo esto en los últimos años, según Hobsbawm, es el revisionismo histórico sobre el significado, alcance y repercusión de la Revolución Francesa. Hobsbawm afirma que la nueva literatura sobre la Revolución Francesa, especialmente en su país de origen, es extraordinariamente sesgada. “La combinación de la ideología, la moda y el poder de los medios publicitarios permitió que el bicentenario estuviera ampliamente dominado por quienes, para decirlo simplemente, no

gustan de la Revolución Francesa y su herencia” (1992, p. 9). Así pues dice Hobsbawm: “El presente ensayo es una defensa, así como una explicación de la vieja tradición” (1992, p. 11). La vieja tradición es la que habla de una revolución burguesa que instaura el Estado de derecho, las libertades públicas y civiles y la nueva sociedad contemporánea burguesa, que además considera tales novedades como altamente positivas y, por ende, la Revolución misma que las dio a luz. En esta crítica, Hobsbawm devela los intereses políticos que atraviesan al historiador en la escritura de la historia. De allí, la tensión entre subjetividad y objetividad y el uso político que se hace de la historia en la empresa de legitimación del presente.

Ahora bien, recordando la analogía entre mirar un paisaje y mirar hacia una parte del pasado, Hobsbawm es muy claro al poner de presente las limitaciones que tiene el historiador —en tanto sujeto— como observador. Argumenta que,

como veremos, lo que la gente ha leído de la Revolución Francesa durante los doscientos años transcurridos desde 1789 ha variado enormemente, sobre todo por razones políticas e ideológicas.

1 Estudiantes de la Licenciatura en Educación con énfasis en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional.

Pero ha habido dos cosas que han suscitado la aceptación general. La primera es el aspecto general del ‘paisaje que se observa’. Prescindiendo de las distintas teorías sobre el origen de la revolución (1992, p. 18).

Dicho de otra manera, hay un *consensus* en la veracidad del componente factual de la historia de la Revolución Francesa por parte de los diferentes agentes, que hacen uso de ella para legitimar sus apuestas políticas. La divergencia se halla en la interpretación. Es por esto que todas las personas están de acuerdo en que se produjo una crisis en el seno de la monarquía que en 1788 condujo a la convocatoria de los Estados Generales, en donde confluía la asamblea que estaba conformada por los estados del reino: el clero, la nobleza y los demás, es decir, el Tercer Estado, lo que propició la transformación de los Estados Generales, o más bien el Tercer Estado, en Asamblea General, terminando con el Antiguo Régimen (por ejemplo la toma de la Bastilla, la prisión real, la renuncia de la nobleza a sus derechos feudales, la declaración de los Derechos Humanos, la transformación de la Asamblea General en Asamblea Constituyente, la cual revolucionaría la estructura administrativa y la organización del país, redactando la primera de las veinte constituciones de la Francia moderna). Parafraseando a Hobsbawm, no existen desacuerdos sobre la doble revolución que tuvieron lugar en Francia (1791), las cuales finalmente conducirían al estallido entre la Francia revolucionaria y una coalición de potencias extranjeras contrarrevolucionarias y, al mismo tiempo, la insurrección al interior de Francia.

La historiografía en modo alguno es una disciplina exenta de valoraciones políticas, ideológicas y axiológicas. Es un campo de batalla político. Esto deriva en el caso de la Revolución Francesa, en que: “lo que la gente ha leído sobre ella durante los doscientos años transcurridos desde 1789, ha variado enormemente, sobre todo por razones políticas e ideológicas” (Hobsbawm, 1992, p. 18). En efecto, es menester comprender que el historiador se halla inmerso entre efectuar el pleno ejercicio de su disciplina

y la constante vigilancia por parte del aparato estatal, pues para los gobiernos es primordial imponer su visión de la historia para implantar una posición propia sobre la política, y quien tiene el poder político, se esfuerza en controlar la visión de la historia que ha de transmitirse o difundirse. Esto explica la necesidad de vigilar a quienes se ocupan de estas cosas, esto es, los historiadores. Así, “los luchadores sociales en la lucha usan trajes de época” (Hobsbawm, 1992, p. 58). ¿Será que hay una tendencia en la historia de buscar un modelo para repetirlo? ¿O será, más bien, que el uso de dichos trajes de época constituye una herramienta de legitimación de las luchas de los agentes del presente? Apelamos a la segunda. He aquí la importancia del uso social de la historia.

No obstante, aun cuando se *reviven los muertos*, sus intenciones pueden ser transformadas por los sujetos que quieran convertirlos en herramienta de legitimación de sus propias luchas en el presente. De esta manera, Lenin se refiere a Danton como: “el mayor maestro de la táctica revolucionaria que se conoce” (Hobsbawm, 1992, p. 118). Luego se reviven las hazañas de los muertos y se empapan del cáliz de la ideología que mejor le convenga al brujo que está agenciando el rito. Entonces, en el uso de trajes de época para legitimar las luchas del presente, puede suceder que un mismo relato del pasado sirva de materia prima para la elaboración de ideologías contrarias, ello es, por supuesto, otra responsabilidad del historiador —como sujeto condicionado por la estructura—.

Pensar es pensar contra alguien y el adversario político de Hobsbawm en el terreno de la historiografía sobre la Revolución Francesa no es otro que el revisionismo. El revisionismo histórico empezó con la misma revolución. Se trata de la escuela reaccionaria: Edmund Burke, Joseph de Maistre, Bonald, F. L. Von der Marwitz, Gentz, Chateaubriand, Hardenberg, Adam Muller, K. L. Von Haller, F. J. Stahl son los nombres más representativos de la escuela de pensamiento reaccionario surgido frente a la revolución. El revisionismo histórico sostiene que no fue para tanto

y que los mismos efectos se hubieran producido por una evolución del Antiguo Régimen, sin tanta catástrofe histórica.

La moderna opinión revisionista que sostiene que la Revolución Francesa fue en cierto sentido ‘innecesaria’, es decir, que la Francia del siglo XIX habría sido muy parecida a como fue, aunque la revolución no hubiese tenido lugar, es el tipo de proposición no basada en hechos que resulta tan poco demostrable como plausible (Hobsbawm, 1992, p. 47).

Además, Hobsbawm arguye a favor de su tesis acerca de la gran trascendencia histórica de la revolución que los hombres que vivieron en ésta, la consideraban como un acontecimiento histórico decisivo en la Historia Universal. Asimismo, pensaban que la Francia contemporánea es un resultado necesario de la Revolución.

Ante tales aseveraciones en boca de hombres que al fin y al cabo estaban describiendo la sociedad donde vivían es difícil comprender las opiniones contemporáneas que afirman que la Revolución fue “ineficaz en su resultado”, por no mencionar a los historiadores revisionistas que mantienen que “al final la Revolución benefició a la misma élite terrateniente que la había empezado (1992, p. 135).

En el fondo, Hobsbawm considera el revisionismo como el efecto político, en la historiografía, del conservadurismo y de la escuela reaccionaria que surgió apenas tuvo lugar la Revolución. “Los únicos que siguen atacando a 1789 son los anticuados conservadores franceses y los herederos de esa derecha que siempre se ha definido a sí misma a partir del rechazo de todo aquello que defendió la Ilustración” (1992, p. 138).